



*“Justo Sierra: Su nombre para mí es gloria”*

## SIGUE LEAL A SU PUEBLO LA UNAM

Con la presencia del Primer Mandatario de la Nación, licenciado Adolfo López Mateos, la Universidad Nacional Autónoma de México rindió homenaje a su ilustre fundador, el maestro Justo Sierra, el pasado 22 de septiembre. Como final de la solemne ceremonia, el Presidente de la República devolvió la placa que consagra el auditorio de Filosofía y Letras a la memoria del Maestro, cuyo nombre lleva a partir de ese instante.

Dijeron sendos discursos el Rector Ignacio Chávez y el licenciado Agustín Yáñez. El doctor Andrés Serra Rojas leyó el discurso que pronunciara don Justo Sierra el 22 de septiembre de 1910, en el acto de inauguración de la Universidad Nacional de México.

Ocuparon el presidium de la ceremonia: licenciado Adolfo López Mateos, doctor Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación Pública; doctor Ignacio Chávez, licenciado Agustín Yáñez, doctor Mario de la Cueva, Coordinador de Humanidades; doctor Andrés Serra Rojas y señor Manuel J. Sierra, hijo del fundador de la Universidad.

Reproducimos a continuación el texto de las palabras del Rector Ignacio Chávez:

Señor Presidente de la República,  
Señores Secretarios de Estado e invitados de honor,  
Señor Lic. Manuel J. Sierra y familiares del Maestro,  
Señores Profesores y alumnos de la Universidad:

El hombre cuya memoria venimos a honrar hoy, a la distancia de cincuenta años de su muerte; el Maestro Justo Sierra, ilustre

fundador de la Universidad Nacional, pronunció un día como hoy, el 22 de septiembre de 1910, las palabras rituales con que nació a la vida nuestra institución. Aún no se apagan los ecos de su discurso memorable, en que trazó la ruta que deberíamos seguir. Aún tienen validez los consejos y las admoniciones de aquel día. Asombra su clarividencia de conductor iluminado, que le hizo, a través de las incertidumbres del futuro, trazarlos certeramente el camino.

No intentaré hacer su panegírico. Otras voces lo han hecho ya, a nombre de la Universidad, en los distintos actos que hemos

organizado para este cincuentenario luctuoso. Sólo quiero alzar la mía para decir la honda gratitud con que la Universidad Nacional consagra este auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras a la memoria del Maestro, cuyo nombre llevará en lo futuro.

Era una deuda, una vieja deuda de reconocimiento. Porque fue él quien fundó esta Facultad, allá en 1910, con el nombre de Escuela de Altos Estudios, para dar albergue a la pálida “figura de implorante”, la Filosofía, que rondaba desde hacía medio siglo los claustros escolares. El, que se declaraba

*(Pasa a la pág. 5)*

# GACETA

## DE LA

# UNIVERSIDAD

INFORMACION INTERNA DE LA  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



ARCHIVO HISTORICO

U. N. A. M.

Vol. IX, Núm. 39

Lunes 15 de octubre de 1962

Núm. 423

## PALABRAS DEL MAESTRO

LA RESOLUCION de ser fuertes, que la antigüedad tradujo por resultados magníficos en grupos selectos y que entra ya en el terreno de las vastas realizaciones por nacionalidades enteras, muestra que el fondo de todo problema, ya social, ya político, tomando estos vocablos en sus más comprensivas acepciones, implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación.

Porque ser fuertes, ya lo enunciamos, es, para los individuos, resumir su desenvolvimiento integral: físico, intelectual, ético y estético, en la determinación de un carácter. Claro es que el elemento esencial de un carácter está en la voluntad; hacerla evolucionar intensamente, por medio del cultivo físico, intelectual, moral, del niño al hombre, es el soberano papel de la escuela primaria, de la escuela por antonomasia; el carácter está formado cuando se ha impreso en la voluntad ese magnetismo misterioso, análogo al que llama a la brújula hacia el polo, el magnetismo del bien. Cultivar voluntades para cosechar egoísmos, sería la bancarrota de la pedagogía; precisa imantar de amor a los caracteres; precisa saturar al hombre de espíritu de sacrificio, para hacerle sentir el valor inmenso de la vida social, para convertirlo en un ser moral en toda la belleza serena de la expresión; navegar siempre en el derrotero de ese ideal, irlo realizando día a día, minuto a minuto; he aquí la divina misión del maestro.

La Universidad, me diréis, la Universidad no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la Universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora; sólo sirve para formar cerebrales. Y sería, podría añadirse entonces, sería una desgracia que los grupos mexicanos ya iniciados en la cultura humana, escalonándose en gigantesca pirámide, con la ambición de poder contemplar mejor los astros y poder ser contemplados por un pueblo entero, como hicieron nuestros padres toltecas, rematase en la creación de un adoratorio en torno del cual se formase una casta de la ciencia, cada vez más alejada de su función terrestre, cada vez más alejada del suelo que la sustenta, cada vez más indiferente a las pulsaciones de la realidad social turbia, heterogénea, consciente apenas, de donde toma su savia y en cuya cima más alta se enciende su mentalidad como una lámpara irradiando en la soledad del espacio...

Torno a decirlo: esto sería una desgracia; ya lo han dicho psicólogos de primera importancia. No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión, y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber. El telescopio, al cielo nuestro, sumario de asterismos prodigiosos en

cuyo negror, hecho de misterio y de infinito, fulguran a un tiempo el septentrión, inscribiendo eternamente el surco ártico en derredor de la estrella virginal del polo, y los diamantes siderales que clavan en el firmamento la Cruz austral; el microscopio, a los gérmenes que bullen invisibles en la retorta del mundo orgánico, que en el ciclo de sus transformaciones incesantes hacen de toda existencia un medio en que efectuar sus evoluciones, que se emboscan en nuestra fauna, en nuestra flora, en la atmósfera en que estamos sumergidos, en la corriente de agua que se desliza por el suelo, en la corriente de sangre que circula por nuestras venas, y que conspiran con tanto acierto como si fueran seres conscientes, para descomponer



toda vida y extraer de la muerte nuevas formas de vida.

Toda ella se agotaría probablemente en nuestro planeta antes de que la ciencia apurase la observación de cuantos fenómenos nos particularizan y la particularizasen a ella. Nuestro subsuelo, que por tantos capítulos justifica el epíteto de "nuevo" que se ha dado a nuestro mundo; las peculiaridades de la conformación de nuestro territorio constituido por una gigantesca herradura de cordilleras que, emergida del océano en plena zona tórrida, la transforma en templada y la lleva hasta la fría y la sube a buscar la diadema de nieve de sus volcanes en plena atmósfera polar, y allí, en esas altitudes, colmado el arco interno de la herradura por una rampla de altiplanicies que va muriendo hacia el norte, nos presenta el hecho, único quizá en la vida étnica de la tierra, de grandes grupos humanos organizándose y persistiendo en existir, y evolucionando y llegando a constituir grandes sociedades, y una nación resuelta a vivir, en una altitud en que, en otras regiones análogas del globo, o los grupos humanos no han logrado crecer, o no han logrado fijarse, o vegetan incapaces de

llegar a formar naciones conscientes y progresivas.

Y lo que presenta un interés extraordinario es que, no sólo por esas condiciones el fenómeno social y, por consiguiente, el económico, el demográfico y el histórico tienen aquí formas muy géneris, sino los otros fenómenos, los que se producen más ostensiblemente dentro de la uniformidad fatal de las leyes de la naturaleza: el fenómeno físico, el químico, el biológico obedece aquí a particularidades tan íntimamente relacionadas con las condiciones meteorológicas y barológicas de nuestro habitáculo, que puede afirmarse que constituyen, dentro del inmenso imperio del conocimiento, una provincia no autonómica porque toda la naturaleza cabe dentro de la cuadrícula soberana de la ciencia; pero sí distinta, pero sí característica.

Y si de la naturaleza pasamos al hombre, que, cierto, es un átomo, pero un átomo que no sólo refleja al universo, sino que piensa, ¡qué tropel de singularidades nos salen al encuentro! ¿Aquí habitó una raza sola?, ¿las diferencias, no estructurales, pero sí morfológicas de las lenguas habladas aquí, indican procedencias distintas en relación con una diversidad, no psicológica, pero sí de configuración y de aspecto de los habitantes de estas comarcas? Si no es un centro de creación este nuestro continente, ¿adónde está la cepa primera de estos grupos?, ¿hay acaso una unidad latente de este grupo humano que corre, a lo largo de los meridianos, de un polo a otro? Estos hombres que construyeron pasmosos monumentos en medio de ciudades al parecer concebidas por un solo cerebro de gigante y realizadas por varias generaciones de vencidos o de esclavos de la pasión religiosa, servidores de una idea de dominación y orgullo, pero convencidos de que servían a un dios, también erigieron en sus cosmogonías y teogonías monumentos espirituales más grandes que los materiales; como que tocan por sus cimas, abigarradas al igual de las de sus teocalis, a los problemas eternos, esos en presencia de los cuales el hombre no es más que el hombre, en todos los climas y en todas las razas; es decir, una interrogación ante la noche. ¿Quiénes eran estos hombres, de dónde vinieron, en dónde están sus reliquias vivas en el fondo de este mar indígena sobre que ha pasado desde los tiempos prehistóricos el nivel de la superstición y de la servidumbre; pero que nos revela, de cuando en cuando, su formidable energía latente con individualidades cargadas de la electricidad espiritual del carácter y la inteligencia?

Y la historia del contacto de estas que nos parecen extrañas culturas aborígenes, con los más enérgicos representantes de la cultura cristiana, y la extinción de la cultura, aquí en tan múltiples formas desarrolladas, como efecto de ese contacto hace cuatrocientos años comenzado y que no acaba de consumarse, y la persistencia del alma indígena copulada con el alma española, pero no identificada, pero no fundida, ni siquiera en la nueva raza, en la familia propiamente mexicana, nacida, como se ha dicho, del primer beso de Hernán Cortés y la Malintzin; y la necesidad de encontrar en una educación común la forma de esa unificación suprema de la patria; y todo esto estudiado en sus consecuencias, en las series de fenómenos que determinan nuestro estado social, ¡qué profusión de temas de estudios para nuestros obreros intelectuales, y qué riqueza para la ciencia humana podrá extraerse de esos filones, aún ocultos, de revelaciones que abarcan toda la rama del conocimiento de que el hombre es sujeto y objeto a la vez!

Realizando esta obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República, aptas para la labor científica, es como nuestra institución universitaria merecerá el epíteto de nacional que el legislador le ha dado; a ella toca demostrar que nues-

tra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza... y en nuestra historia; que, participando de los elementos de otros pueblos americanos, nuestras modalidades son tales, que constituyen una entidad perfectamente distinta entre las otras y que el *tantum sui simile gentem* de Tácito puede aplicarse con justicia al pueblo mexicano.

Para que sea no sólo mexicana, sino humana esta labor, en que no debemos desperdiciar un solo día del siglo en que llegará a realizarse, la Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir, sin renovarlo, el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general; que sus métodos, que sus investigaciones, que sus conclusiones no podrán adquirir valor definitivo mientras no

el tesón de la labor cotidiana para encontrarla, la persuasión de que el interés de la ciencia y el interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano, creará tipos de caracteres destinados a coronar, a poner el sello a la obra magna de la educación popular que la escuela y la familia, la gran escuela del ejemplo, cimentan maravillosamente cuando obran de acuerdo.

Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se pueden olvidar en las puertas del labo-

tiempos bárbaros, y, reuniéndose a él y guiándolo de nuevo, se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el alma mater de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno.

¡Cuánto se nos ha tildado de crueles y acaso de beocios, por mantener cerradas las puertas a la ideal Antígona!; la verdad es que en el plan de la enseñanza positiva la serie científica constituye una filosofía fundamental; el ciclo que comienza en la matemática y concluye en la psicología, en la moral, en la lógica, en la sociología, es una enseñanza filosófica, es una explicación del universo; pero si como enseñanza autónoma no podíamos darle en nuestros programas su sede marmórea, nosotros, que teníamos tradiciones que respetar, pero no que continuar ni seguir; si podíamos mostrar el modo de ser del universo hasta donde la ciencia proyectara sus reflectores, no podíamos ir más allá, ni dar cabida en nuestro catálogo de asignativas a las espléndidas hipótesis que intentan explicar no ya el cómo sino el porqué del universo. Y no que hayamos adoptado un credo filosófico que fuese positivismo: basta comparar con la serie de las ciencias abstractas propuestas por el gran pensador que lo fundó, la adoptada por nosotros para modificar este punto de vista; no, un espíritu laico reina en nuestras escuelas; aquí, por circunstancias peculiares de nuestra historia y de nuestras instituciones, el Estado no podría, sin traicionar su encargo, imponer credo alguno; deja a todos en absoluta libertad para profesar el que les imponga la razón o la fe. Las lucubraciones metafísicas que responden a un invencible anhelo del espíritu y que constituyen una suerte de religión en el orden ideal, no pueden ser materia de ciencia; son supremas síntesis que se ciernen sobre ella y que frecuentemente pierden con ella el contacto. Quedan a cargo del talento, alguna vez del genio, siempre de la conciencia individual; nada como esa clase de mentalismos para alzar más el alma, para contentar mejor el espíritu, aun cuando, como suele suceder, proporcionen desilusiones trágicas.

¿Qué habríamos logrado si al realizar este ensueño hubiéramos completado con una estrella mexicana un asterismo que no fulgurase en nuestro cielo? No; el nuevo hombre que la consagración a la ciencia forme en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar a quién se debe y a qué pertenece; el *sursum corda* que brote de sus labios al pie del altar debe dirigirse a los que con él han amado, a los que con él han sufrido; que ante ellos eleve, como una promesa de libertad y redención, la hostia inmaculada de la verdad. Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo, dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atena *promakos*, a la ciencia que defiende a la patria.



hayamos sido probados en la piedra de toque de la investigación científica que realiza nuestra época, principalmente por medio de las universidades. La ciencia avanza proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad; debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas.

La acción educadora de la Universidad resultaría entonces de su acción científica; haciendo venir a ella grupos selectos de la intelectualidad mexicana y cultivando intensamente en ellos el amor puro de la verdad,

ratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria.

Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los templ-serena de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abran las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los

## D. JUSTO SIERRA Y LA REVOLUCION

Hoy hace cincuenta y dos años que, al ser instituida la Universidad Nacional de México, resonaron aquellas palabras lustrales: "no queremos que en el templo que se erige hoy se adore a una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas, en teorías incasantes, para adorar a Atena *promakos*, a la ciencia que defiende a la patria". Reafirmábase así el designio de "nacionalizar la ciencia", de "mexicanizar el saber".

Hace medio siglo que se apagó esa voz estremecedora de fértiles tormentas; pero la patria, más poderosa que la muerte, le ha dado resonancia inmortal.

Es la voz que clamó el hambre y la sed de justicia del pueblo mexicano; la voz que al abrir la Universidad Nacional —sueño y afán de su vida entera— no se arredró en declarar solemnemente al caudillo de la República que había hecho éste menos por la patria, de lo que a la patria debía; y cifró el porvenir en la ciencia de un pueblo libre no sólo por el amor a sus derechos, sino por la práctica perseverante de sus deberes; y afirmó que la educación es matriz fecunda de las democracias vivas; y cuando de allí a poco, encadenada la Revolución, la dictadura trató de conjurarla con paliativos de reacomodos personalistas, esa voz misma sentenció que "todo programa de gobierno cuyo eje no descansa sobre estos dos polos: educación y justicia, no quiere decir nada ni para la humanidad ni para la patria".

Triunfante, la Revolución reconoció por suya —como lo era, como lo es, por modo esencial, original, radical, intransferible—, la Revolución reconoció por suya esta voz y la incorporó desde luego a elevados menesteres.

De por vida, Justo Sierra fue un rebelde, un revolucionario. Con conocimiento responsable de su vida y su obra, no vacilo en proclamarlo precursor e insustituible, incommovible ideólogo de la Revolución, como lo comprueban las experiencias de medio siglo, no sólo en el campo cultural, sino en el social y en el económico; su clarividencia de la realidad intuyó planteamientos de problemas y soluciones idénticos a los adoptados por el país en el curso de los últimos años.

Nacido en 1848, formado bajo las luchas de la Reforma y la Intervención, ahincado en salvar las mejores esencias nacionales durante la dictadura, sacrificado al fin por ésta en inútil esfuerzo para desbaratar el movimiento democrático de 1910, distinguido por la Revolución con uno de los cargos más importantes del servicio exterior, en cuyo cumplimiento la muerte lo encontró el 13 de septiembre de 1912, Justo Sierra es hilo maestro de la trama histórica que anuda la continuidad entre la Reforma y la Revolución.

Su espíritu revolucionario proviene de haber sido amasado en el barro del pueblo, con el cual siempre se identificó, con el cual jamás perdió contacto. Era, y se sentía, y se jactaba en ser hijo del pueblo. Su inspiración popular late lo mismo en sus osadías de mocedad frente a todo lo divino y lo humano, como en su independencia de senectud frente al engaño y la injusticia; vibra por igual en sus batallas periodísticas y parlamentarias, en sus efusiones de poeta, en su rigor constructivo de maestro y en su ejemplaridad política; el aliento popular, y sólo él, funda la pasmosa comprensión de la historia y su conjunción con el presente, rayana en transmigraciones y profetismos. La frase que gustaba repetir: "Yo beso donde el pueblo besa", no era vana fórmula demagógica, sino auténtico sentimiento corroborado en actitudes vitales.

Contemplado desde otro ángulo, Justo Sierra fue reformista y revolucionario por su vocación a la grandeza, que lo hizo ser un perpetuo inconforme, ante todo consigo mismo y con su circunstancia. A cada triunfo, a cada derrota —y fueron muchas las que padeció—, su ánimo exigía mayores empresas, en línea creciente, ascendente.

"Yo caigo, pero no desciendo" —exclamó al iniciar la segunda de sus intervenciones parlamentarias en el asunto de la deuda inglesa, que lo convirtió en blanco de generalizada indignación. El episodio merece recordarse por ser un caso de lo que ahora llamaríamos *macartismo*, y porque descubre la templanza con que Sierra resistió el amago a "la libertad de pensamiento", a la "inviolabilidad de la convicción política", a "la tiranía tumultuosa de la multitud, más abominable que todas las otras juntas"; amago que no respetó ni la paz del hogar, ni el sagrado de la cátedra, interesadas como se hallaban las fuerzas directoras del movimiento en azuzar a la juventud "contra los profesores odiados por sus ideas para privarse de esos enemigos". Vilipendiado por sus propios alumnos de la Preparatoria, denostado sin miramiento, "levanta la frente tranquila", sostiene su actitud, y "en cambio del atronador aplauso de un pueblo delirante —dice—, oí el aplauso silencioso de mi conciencia honrada". En otro artículo escribe: "Muy lisonjero ha sido y sería para mí el cariño de los alumnos de la Escuela Preparatoria; pero hay algo que tengo en mucho más: la estimación de mí mismo. Y ya que a través del profesor se busca y se hiere la independencia del funcionario que, sin retroceder una línea ante el sacrificio de la popularidad y las amenazas de la multitud inconsciente, cumple con su deber, declaro que me consideraría indigno de pertenecer al profesorado mexicano si cediera un solo punto ante una presión inmoral y violenta que pretendiese hollar los fueros de mi mandato político y de mi libre conciencia."

Quien así habla es uno de aquellos estudiantes que a la llegada de Maximiliano y Carlota gritaron ¡muera! en el zócalo de la ciudad de México; es el abogado que dos meses después de su recepción empuña un fusil para combatir la enésima infidencia del general Negrete, y lo hace para tomar lecciones de vértigo épico, según sus palabras; es el legalista que, primero con pluma implacable, combate la reelección del Presidente Lerdo, y cuando ésta se consuma, la tacha de usurpación y se une a los beligerantes que reconocían a don José María Iglesias, Presidente de la Corte, como el Ejecutivo legítimo de la República; es el polemista que rompe lanzas con sus maestros: primero con Gabino Barreda, y luego con la vieja guardia del liberalismo que tilda de metafísico, y que debe ser superado por un liberalismo científico: Vigil, Prieto, Altamirano son sus contrincantes; cuando éste último se duele del discípulo, Sierra responde: "Hay una cosa superior a nuestros afectos, y más grande, no vacilo en decirlo, que la reforma, que la libertad y que la patria misma: la verdad. Maestro, usted acabará por adoptar, sin reserva, esta divisa: *vitam impendere vero*".

Las batallas se suceden. Son el natural elemento de ese carácter combativo. Ya promueve la comparecencia de don Ignacio Mariscal, Secretario de Justicia e Instrucción, a efecto de que informe a la Cámara de Diputados, dentro del tercer día, sobre los motivos para imponer un texto de lógica distinto al señalado por la junta de profesores; ya lanza, defiende y obtiene la reforma consti-



tucional para que la instrucción primaria sea obligatoria; ya presenta en la Cámara y sostiene en la prensa el proyecto para crear —abril de 1881— la Universidad Nacional; ya suscita todas las fuerzas a su alcance para oponerse y lograr que fracase la retardataria Ley de Instrucción propuesta por el nuevo Ministro del Ramo, Ezequiel Montes, que trataba de suprimir, entre otros planteles, la Escuela Preparatoria; ya propugna por la creación de la Escuela Normal y por la instauración de un ministerio que se ocupe científicamente de los negocios educativos —1883—, en tanto la Secretaría de Justicia debe convertirse en Procuraduría de la República; ya impone sus armas de campeador en los resonantes congresos nacionales de instrucción pública, celebrados en 1889 y 1890, y en los congresos científicos de 1895, en los que sostiene tesis revolucionarias tan avanzadas como el atraso del país en el orden intelectual, moral y político, comparativamente al desarrollo material; la condenación de la economía política clásica, individualista, que lleva al anarquismo: "si el deber es dejar hacer —dice—, el derecho es hacer lo que se quiera"; la inteligencia, so pena de morir, debe estar en contacto, por la base, con las corrientes vitales de la democracia, idea que remata con estas palabras: "bendigo a la ciencia cada vez que la veo inclinarse ante la miseria y la desgracia social, y buscar su remedio".

Luchador político, toda su obra de polígrafo respira el aliento poderoso de la democracia, lo mismo en la larga brega periodística, en los magnos libros de historia, en los manuales y catecismos para jóvenes y niños —que a todo se avino su infatigable apostolado—, y en los discursos magistrales; pero no se contentó con estos menesteres, ni con su actuación pública en el Congreso, sino que pugñó por formar en 1892 un partido liberal institucional, cuyo programa ciñera la conducta del gobierno. "Consolidada la paz —decía—, es preciso ponerla en la piedra de toque de la libertad"; la actividad política será efímera si se circunscribe a propósitos electorales; ante todo, debe dar voz a las aspiraciones del país, que derivadas de principios, penetren más en las necesidades del presente y preparen el porvenir. Formula en seguida un programa de reformas en todos los ramos: guerra, economía, educación, comunicaciones, justicia, agricultura. "Realizar estos votos —declara— no es obra de un hombre ni de un gobierno; lo es de un partido"; todavía reitera: "No tenemos embarazo en

afirmar la magnitud del sacrificio que se impone a nuestra democracia, naciente aún, pero consciente ya, en una reelección reiterada; la reelección presidencial sólo es excepcionalmente recomendable." Hay marcada semejanza entre estas y otras ideas de Sierra, con las de Madero en el libro *La Sucesión Presidencial en 1910*.

Paralelamente libra en la Cámara brillantísimo duelo a favor de la inamovilidad judicial —diciembre de 1893—. "Sin la independencia de la justicia —prorrumpen en la tribuna popular— no hay justicia; y sin justicia no existe la base ni de las instituciones libres ni aun de la sociedad misma; la República entonces se llama despotismo. No podemos depositar las garantías individuales en las personas; es preciso ponerlas más alto, es preciso fijarlas para siempre en la Ley, que es la única dictadura normal que la Constitución acepta."

Sería interminable continuar la enumeración del belicísimo revolucionario de Sierra, ni el escorzo de su pensamiento reformador. Basta aludir, en apoyo de la tesis que lo presenta como precursor e ideólogo de la Revolución, a una de sus obras maestras: el ensayo intitolado *México social y político*, publicado en 1889, que contiene los principios fundamentales y el enfoque de las cuestiones que veinte años después constituirán el programa básico de la Revolución. A grandes trazos, éstos son: concepción democrática de la historia; intangibilidad de la soberanía nacional, apoyada en la autodeterminación y no intervención extraña, y en el dominio real de nuestro territorio y recursos; idea de justicia social en la resolución de los problemas, especialmente los de orden económico, del cual depende el estado moral y social de los grandes grupos humanos; condenación del feudalismo territorial y de los abusos del capital, en particular su afán immoderado de lucro, su estatismo y aulentismo; la urgencia de que intervenga el Estado en la regulación y equilibrio de los factores económicos, desde luego en la equitativa distribución de la tierra y en la colonización; el ensanchamiento de la conciencia nacional por la educación, a partir de la creación de la escuela rural; la emancipación mental de las grandes masas; la transformación de la chusma en auténtico pueblo, consciente de su destino colectivo; el sentido humanista del progreso; la necesidad apremiante de vías de comunicación, de sanidad pública, de técnicas adecuadas en la agricultura y en la industria; el problema indígena es de nutrición y educación; diagnóstico de los principales factores negativos: la leva, la falta de iniciativa y previsión, el alcoholismo, el agio, el pauperismo, la superstición; políticamente, uno de los mayores males es no haber sido educados en la práctica vigorizante de la libertad; el partido conservador jamás ha entendido su papel, obcecado en ser facción reactiva; el éxito del partido liberal estriba en su dinamismo e intuición de las necesidades mexicanas, hasta crear una conciencia nacional que todavía en la guerra con los Estados Unidos no existía.

¿Cómo, entonces, quien así pensaba y actuaba pudo ser colaborador de la dictadura; cómo puede llamársele precursor e ideólogo del movimiento que puso fin a la dictadura? En otro sitio he desarrollado por extenso el punto de las relaciones de Sierra con el porfirismo y con el grupo llamado de los científicos, que aquí compendio en enunciado irrefutable: Justo Sierra *revolucionó* la educación nacional a pesar del porfirismo y de los porfiristas, que con frecuencia le pusieron obstáculos, porque su tónica y procedimientos diferían radicalmente de los del maestro. Suyas son estas palabras: "Todo es innovación, todo es reforma, claman nuestros censores; no diré nuestros adversarios. Y bien sí. Yo soy de ese temperamento; nací innovador; todas las novedades me tientan, toda

innovación tiene para mí recóndito e irrisitable prestigio, todo progreso canta en mí el canto de la sirena." Es admirable la dignidad e independencia que, respecto al dictador, ostentan los testimonios de la actuación de don Justo en el gabinete del general Díaz. Ufanábase de tener siempre lista la renuncia. Los aspectos peyorativos del porfirismo dejan incólumes la figura y la obra de Sierra, y a éste se deben muchos de los aspectos positivos del régimen.

La erección de la Universidad Nacional y la fisonomía que le infundió son prueba culminante del carácter batallador y del espíritu reformista y revolucionario de don Justo. Tarea iniciada en 1881, alcanza feliz término en 1910. La última etapa de la brega arranca del momento en que ocupa la Subsecretaría de Instrucción Pública. En presencia del general Díaz, al instalar el Consejo Superior del Ramo, presenta la planeación completa del gran edificio espiritual de México, desde los jardines de niños, planeación rematada con fogoso alegato a favor de la Universidad, que según el texto del discurso entonces pronunciado —agosto de 1902—, "dará unidad orgánica y conciencia de sí mismo al cuerpo docente". La Universidad no será prolongación colonial, ni mecanismo a la usanza norteamericana, sino se apegará a la realidad palpitante de México y satisfará las necesidades públicas que competen a su alta función de docencia e investigación.

De aquí en los ocho años siguientes multiplicáronse los obstáculos, muchos de los cuales provenían del gobierno mismo, receloso de las implicaciones de un cuerpo cuya condición primaria era la libertad; a la par recrecían, se agigantaban los bríos del gran mexicano; llegó a ser angustia en él todo retraso, a medida que se acercaba el año de 1910; se lamentaba públicamente de la lentitud con que procedían las comisiones de estudio; no se daba punto de reposo en apresurar el proyecto; éste fue anunciado con júbilo desbordante a principios de enero de 1910; en mayo es enviado a las Cámaras; tras la gallarda exposición de don Justo en la tribuna popular, es aprobado el 26 de ese mes; con entusiasmo delirante, creciente, don Justo se ocupa de los detalles de la inauguración, redacta invitaciones, integra el claustro, prepara el discurso inaugural y hasta discute con la Secretaría de Hacienda el pago de un sillón para la Rectoría. Llega el 22 de septiembre de 1910. Resuenan las palabras augurales: "No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor."

La Revolución no modificó, no añadió rasgo alguno a la imagen de la Universidad construida por su fundador, pues era la imagen misma de la Revolución, trazada en el discurso inaugural de la institución.

Obreros intelectuales llamó Sierra, ese día, a los universitarios; obreros al servicio de la patria, nutridos en la realidad nacional, aptos para las reivindicaciones de la República; saturados de espíritu de sacrificio para sentir el valor de la vida social, de la solidaridad humana y para convertir al hombre en un ser moral en toda la belleza serena de la expresión; obreros convencidos de que toda contemplación debe ser preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio

(Pasa a la pág. 8)

## Sigue leal a su pueblo...

(Viene de la pág. 1)

partidario ferviente del positivismo comptiano como método de enseñanza, pero su adversario como doctrina filosófica; él, que fue un poseído de la ambición científica en toda disciplina del conocimiento, pero que le ponía límites a su alcance, porque advertía que la ciencia sólo sirve para navegar "por los litorales de lo conocido"; el Maestro que rindiendo culto a la razón, admitía que las ciencias en sí mismas son una enseñanza filosófica, pero que defendía, al mismo tiempo, los fueros del espíritu, sintió la existencia de un vacío en la educación superior. Por eso hizo rematar la estructura universitaria en una Escuela donde el pensamiento pudiera discurrir, fuera de los hechos tangibles, en la explicación de las grandes cuestiones filosóficas que apasionan o que angustian al hombre. El bronce que lleva su nombre y que va a descubrir dentro de un momento el Primer Magistrado de la Nación, servirá de constancia de esta inquietud espiritual.

Pero no es sólo por eso; no es sólo porque fundó esta Universidad y esta Facultad de Filosofía, por lo que venimos a clavar devotamente su nombre en nuestros muros. Es, sobre todo, porque queremos mantener perennemente encendida, frente a todo Profesor, frente a todo estudiante de esta casa, igual que se enciende un faro, la virtud de su ejemplo, como una lección salvadora. Evocar sus cincuenta años de estudios, de lucha, de entrega apasionada a su misión. Recordar las dos grandes ambiciones que polarizaron su vida: ofrecer a México educación y justicia. Y los dos grandes impulsos que movieron su alma: el servicio de la patria y el de la humanidad. Y oír, sobre el trasfondo de su sensibilidad poética, en todo lo que dijo, el clamor angustiado por el destino de su país, como un grito que viene del fondo del pasado y que proyectado hacia adelante, se vuelve un grito de esperanza.

El fue quien nos legó el consejo, que queremos grabar indeleblemente en todos nosotros, de que una escuela se salva sólo cuando el trabajo diario, en vez de dura tarea, se trueca en emoción; él quien nos dijo que si hemos de educar, "precisa imantar de amor los caracteres" y es de él la tremenda admonición de que quien no sepa poner en la tarea educativa toda su alma, es decir, el entusiasmo, la fe, el amor; quien no ponga su espíritu entero en esa obra, "habrá hecho el mal más grave que puede hacerse a un organismo en plena evolución, acrecentar la corteza y atrofiar la medula".

Todo eso es lo que queremos mantener siempre vivo en la conciencia universitaria. Que su mensaje y su ejemplo nos fortifiquen. Por fortuna, al cabo de cincuenta y dos años, la Universidad que él fundó sigue fiel a su destino; leal a sí misma, en superación científica sostenida, como él quería; leal a su pueblo, como él mandó. Hermanando los dos grandes deberes que plasmó en su escudo: el amor de la ciencia y de la patria como fuentes de salud del pueblo.

Señores Universitarios:

Las generaciones que rinden este homenaje, mañana habrán pasado, pero el bronce queda. Queremos que a su vista, mañana y en el futuro distante, todo universitario mexicano, a la pregunta de un viajero que quiera sobre el Maestro, pueda responder con la frase lapidaria de Altamirano: "su nombre para mí es 'gloria'; para el mundo, Justo Sierra".

Dr. Ignacio Chávez

México, D. F., septiembre 22 de 1962.

teatro estudiantil de la unam

# TEATRO EN COAPA

PREMIO XAVIER VILLARRUTIA 1958 Y 1961

GRUPO TEATRAL DE LA PREPARATORIA NUMERO 5

CELEBRA SU VIII ANIVERSARIO

CON LA PUESTA EN ESCENA DE LA OBRA

# LA

# PAZ de ARISTOFANES (450-385 a. C.)

En paráfrasis de HECTOR AZAR

CON EL CRUPO 1962

José Luis Navarrete / Juan Manuel Godínez / César Arias de la Cantolla / Héctor Palacios / Alma Rosas / Lourdes Mendoza / Rosa Ma. Padilla / Clivia López Suárez / Magdalena Rodríguez / Guadalupe Escanedo / Rafael Villar / Víctor Manuel Toledo / Arcadia Lara / Carmen Parra / Lourdes García / Susana Sotomayor / Elena Bellamy / Felia Lara / José Ramón Bezanilla / Jorge Tovar / Miguel Flores / Fernando Cruz / Jorge Duhal / Guillermo Malfavaun / Raúl Pérez Aguilar / Fernando Becerril / Carlos Gastelum / Agustín Nava / Fernando Reyes / Carlos Guerrero / Carlos Aguilar / Javier Colín / Eduardo Montes de Oca / Alejandro Castro / Marco Antonio Durán / Carlos Allen / Patrocinio García Magos / Ricardo Isaías / Alvaro Matute Aguirre / Silvia Bravo / Rebeca Ofelia Lugo / Rosa Ma. Espriú / Elba Mancebo del Castillo.

FOTOGRAFÍAS: LUIS MAGOS

ESCENOGRAFÍA: MARCELA ZORRILLA Y H. A.

PANTOMIMAS: HECTOR B. ORTEGA

SONIDO: MARIANO BALLESTE

ILUMINACIÓN: LUIS MACUZET y ANTONIO AZAR PLATA

COORDINADOR DE FORO: RICARDO ISAIAS GONZALEZ P.

UTILERÍA: FRANCISCO IBARRA

VESTUARIO: CARMEN PARRA Y JORGE TOVAR

ASISTENTE DE DIRECCIÓN: ALVARO MATUTE AGUIRRE

DIRECCIÓN: HECTOR AZAR

# 1955-1962

EN EL TEATRO DE LA UNAM

Rosales 26

S O L I C I T E P A S E S



# LA CRITICA AL TEATRO EN MEXICO

## \* TEATRO EXPERIMENTAL

CREPUSCULO OTOÑAL y COLOQUIO NOCTURNO, de Friedrich Dürrenmat, escritas originalmente para radio y más tarde adaptadas al teatro. Consideramos al autor como uno de los mejores de nuestro tiempo, por su fuerza y profundidad.

Ambas piezas observan las características del autor: la segunda es un verdadero exponente de las tiranías sufridas por los pueblos europeos durante la bárbara ocupación nazi; la primera, de impacto en el público, al que no hace concesiones de ninguna especie, es brutal, cruel, pero no por ello menos realista. Dos obras buenas, de gran interés para el público amante del buen teatro.

La dirección, a cargo de Héctor Ortiz (CREPUSCULO OTOÑAL), es discreta, aunque le faltó acción adecuada a la dramaticidad del tema, que en movimiento se siente débil, comparada con la acción de la obra en sí. La segunda, a cargo de Oscar Chávez, nos pareció estática y con recursos elementales, aun cuando ambos esfuerzos son loables y marcan buen porvenir. La escenografía de Leoncio Nápoles, imaginativa y funcional.

SALOMON Y. SABAT. *México Cinema*. Agosto 31 de 1962.

## \* II FESTIVAL DRAMATICO DE LA ESCUELA DE ARTE TEATRAL DEL INBA

A PUERTA CERRADA, de Jean Paul Sartre (última obra presentada dentro del Festival Teatral mencionado).

Sartre demostró ya lo sabido: esa diamantina inteligencia superior que le permite planteamientos que de tan simples paran el pelo de tan difíciles. Se ve en su genio creador, se oye su palabra, se estremece el público con su crueldad a lo verdadero. Pero quién sabe por qué Sartre se atisba en A PUERTA CERRADA como a punto de volverse amarillo. Es decir: que el papel empieza a envejecer. Cosa que no le ocurre a la gran obra de teatro. A la de Shakespeare, por ejemplo. No será este drama el que siga intocado en el tiempo.

Eduardo Mata de Alba dirigió a los alumnos del INBA, con efectivos conocimientos. Dando una semana de valiosas representaciones. Bajo su mano directriz se movieron excelentes: Manuel Ojeda, Núñez Molina, Flora Dantus y Julia Alfonso. Sobre todo esta última chica que se lleva elogios por su hermosa voz, su dirección, su fuerza dramática. A su lado sus compañeras contribuyen a una de las mejores veladas del II Festival Dramático.

CATAY. *El Gallo Ilustrado* (Suplemento dominical de "EL DIA"). Septiembre 16 de 1962.

## \* TEATRO PROFESIONAL

Lo primero que pensaron los encargados de hacer teatro bajo el Patronato del Seguro Social, cuando decidieron abrir el romántico sarcófago de Cyrano, fue la cantidad de texto que iban a quitarle. Y aunque yo no soy de los que creen en la total libertad que algunos se arrojan para mutilar la obra ajena, en este caso estoy de acuerdo: Cyrano, tal como la escribió Rostand, dura un largo tiempo para el público actual. Cerca de tres horas y media.

La dirección de Retes muy competente en esas escenas de Cyrano que parecen, por su preciosismo, arias de ópera. Deficiente para hacer moverse a los grupos, no de manera graciosa, que esto sería lo de menos, sino de modo convincente.

FAUSTO CASTILLO. *Las Carátulas* No. 2. Septiembre de 1962.

- ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●
- CENTRO UNIVERSITARIO
- DE TEATRO
- Sullivan 43
- 
- TEATRO DE LA UNAM
- Rosales 26
- Tel. 21-16-50
- El Caballito.
- 
- TEATRO ESTUDIANTIL UNAM
- 10º piso de la Rectoría, C. U.
- Tel. 48-65-00, Ext. 380
- Héctor Azar, Director.

DIRECCION GENERAL DE DIFUSION CULTURAL

## Don Justo Sierra y . . .

(Viene de la pág. 5)

al espíritu y a la materia, no podremos olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria. "Sois —clamaba la venerable voz— un grupo de perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad."

Y en presencia del Presidente de la República se preguntaba: "¿Sabrá el nuevo organismo realizar su fin?"

A medio siglo de distancia, en presencia del Presidente de la República, en cuya dignidad confluyen la dimensión revolucionaria y la universitaria, podemos responder: Sí, la Universidad ha sido fiel a su misión, pues inspirada en el humanismo esencial de su fundador ha mantenido su inquietud al servicio de la patria, y ha sabido interpretar y realizar los ideales humanistas de la Revolución.

Pero a imagen y semejanza de su fundador, el gran inconforme, el perpetuo rebelde, la Universidad ni los universitarios hemos de sentirnos satisfechos. Quien ha nacido para la grandeza, jamás puede conformarse con sus realizaciones, siempre reducidas e imperfectas en la medida de la magnitud ideal, en la medida de lo que resta por hacer y de las necesidades por cubrir.

Con lúcida insistencia el primer Magistrado de la República despliega ante el pueblo la perspectiva inmensa del destino nacional, sombrío en muchos ángulos, halagador en otros, tonificante siempre para el brío de los mexicanos. Todos tenemos en él parte. Ningún esfuerzo público ni privado puede desperdiciarse. Toda energía, por humilde y mínima que sea, debe quedar inserta y coordinada en el magno plan de nuestra superación. A la Universidad corresponde un sitio ejemplar en la obra, y el deber de reduplicar ejemplarmente su contribución a la grandeza de México, a la grandeza del pueblo de México.

Para ello, una vez más, oigamos la voz maestra que troqueló el emblema de nuestra Casa: "En el amor a la ciencia y a la patria está la salud del pueblo." Escucharla y hacerla norma diaria de vida, será la mejor manera de honrar al esclarecido varón a cuya grandeza tributamos homenaje.

## NUEVOS PROFESIONISTAS DE LA UNAM

INGENIEROS PETROLEROS

Cruz Rosas Núñez. *Red de distribución para la venta de gas natural en Minatitlán, Ver. y estaciones de medición.*

Rogelio Madrigal Pérez. *Técnica y programa de la perforación y terminación de los pozos en La Venta, Tabasco.*

INGENIEROS MECANICOS ELECTRICISTAS

Sergio Guerrero Alcázar. *Comportamiento térmico de transformadores de potencia.*

Arturo González Ramírez. *Diseño, normas de instalación y pruebas en ductos que operan bajo condiciones extremas de presión y 0 temperatura en las plantas de amoníaco.*

Alberto Herreman Cornú. *Proyecto de instalación eléctrica de una planta para la elaboración de hilo de lana y fibras artificiales.*

Juan Francisco Espino del Pozo. *Estudio de la turbina experimental Bellis and Morcom.*

Gerardo Desvignes Lebas. *La fundición a presión de piezas metálicas.*

Salvador Mejía Pereda. *Estudio de un sistema de tranvías eléctricos acoplados, para la Calzada Tlalpan.*

ARQUITECTOS

Enrique Güemez García. *Conjunto urbano en Las Truchas Michoacán, Hospital.*

Manuel Ibarra Legarreta. *Colegio mayor de Filosofía y Teología.*

Enrique Román Alfaro. *Talleres gráficos de La Nación.*

José David Ferriz Romero. *Centro piloto de exposición y bolsa en Paqueta, Hgo.*

Juan Luis Laris Iturbide. *Estación de ferrocarril en Morelia, Michoacán.*

Gil Liberberg Puter. *Regeneración urbana de la zona de Clavijero.*

LICENCIADO EN ADMON. DE EMPRESAS

Juan Manuel Martínez Parente Rueda. *El aspecto funcional de la administración.*

### UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector: *Dr. Ignacio Chávez*

Secretario General: *Dr. Roberto L. Mantilla Molina*

Departamento de Información y Prensa

#### *Gaceta de la Universidad*

10° Piso Torre de la Rectoría, C. U., México 20, D. F.

(Registro en trámite)

Editada en los Talleres de la Imprenta Universitaria. Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

IMPRESA UNIVERSITARIA

GACETA DE LA UNIVERSIDAD  
10° piso, Torre de la Rectoría, C. U. México 20, D. F.  
FRANQUICIA POSTAL DE 10 DE OCTUBRE DE 1948

